

**EL NUEVO HOMBRE, EL CUAL ES UNO SOLO,
CUMPLE EL PROPÓSITO QUE DIOS TUVO AL CREAR AL HOMBRE**

(Jueves: segunda sesión de la mañana)

Mensaje dos

**Cristo como Hijo del Hombre,
segundo hombre y postrer Adán
cumple la intención que Dios tuvo al crear al hombre**

Lectura bíblica: Gn. 1:26; Mt. 16:13; 26:64; 24:30; 1 Co. 15:45, 47; Lc. 1:35

I. Cristo es el Hijo del Hombre, el segundo hombre y el postrer Adán:

A. Cristo es el Hijo del Hombre—Dn. 7:13; Mt. 16:13; Jn. 1:51:

1. Sin el hombre, el propósito de Dios no se puede realizar en la tierra; a fin de cumplir el propósito de Dios, era necesario que Cristo fuese un hombre.
2. En Su encarnación, Cristo es el Hijo del Hombre—Mt. 16:13:
 - a. Debido a que el Señor Jesús fue concebido por obra del Espíritu Santo, Él es el Hijo de Dios—1:18, 20; Lc. 1:35.
 - b. Debido a que Él también fue concebido en una virgen humana y nació de ella, Él es el Hijo del Hombre—Mt. 1:23.
 - c. Por el lado divino, Él es el Hijo de Dios; por el lado humano, Él es el Hijo del Hombre.
3. El Señor Jesús es el Hijo del Hombre que está en los cielos a la diestra de Dios desde Su resurrección (Hch. 7:56), y será el Hijo del Hombre cuando regrese en las nubes del cielo con poder y gran gloria (Mt. 26:64; 24:30).

B. En Su encarnación, Cristo es el segundo hombre—1 Co. 15:47:

1. En todo el universo sólo hay dos hombres: el primer hombre, Adán, y el segundo hombre, Cristo.
2. La expresión *del cielo* en el versículo 47 denota el origen divino y la naturaleza celestial del segundo hombre, Cristo.
3. Como primer hombre, Adán es la cabeza de la vieja creación, y la representa en la creación; como segundo hombre, Cristo es la Cabeza de la nueva creación, y la representa en la resurrección—v. 47:
 - a. Nosotros los creyentes fuimos incluidos por nacimiento en el primer hombre, y por la regeneración hemos venido a formar parte del segundo hombre—Gn. 1:26; Jn. 3:3, 5-6.
 - b. Con respecto a formar parte del primer hombre, nuestro origen es la tierra y nuestra naturaleza es terrenal; en cuanto a formar parte del segundo hombre, nuestro origen es Dios y nuestra naturaleza es celestial—1 Co. 15:47.

C. Cristo es el postrer Adán—v. 45:

1. En 1 Corintios 15:45 se hallan implícitas dos creaciones: la vieja creación, cuyo centro es el hombre como alma viviente, y la nueva creación en resurrección, cuyo centro es el Espíritu vivificante.
2. Que Cristo sea el postrer Adán implica la finalización y conclusión de la vieja creación—v. 45; 2 Co. 5:17:

- a. La vieja creación llega a su fin con un hombre, el postrer Adán.
 - b. Este hombre que puso fin a la vieja creación llegó a ser el Espíritu vivificante en resurrección—1 Co. 15:45.
3. Mediante la encarnación, Cristo fue hecho el postrer Adán a fin de morir en la cruz para poner fin a la vieja creación, y mediante la resurrección, Él como postrer Adán llegó a ser Espíritu vivificante para hacer germinar la nueva creación—Gá. 6:15.

II. La encarnación de Cristo y el vivir de Dios-hombre que Él llevó cumplieron la intención que Dios tuvo al crear al hombre—Gn. 1:26-27; Jn. 1:1, 14; Lc. 1:31-32, 35; 2:40, 52:

- A. La encarnación de Cristo está estrechamente relacionada con el propósito que Dios tuvo al crear al hombre a Su imagen y conforme a Su semejanza, esto es, que el hombre lo recibiera como vida y lo expresara en Sus atributos divinos—Gn. 1:26; 2:9; Hch. 3:14a; Ef. 4:24.
- B. El Salvador-Hombre nació de la esencia humana con las virtudes humanas a fin de elevar estas virtudes a una norma en la cual éstas correspondan con los atributos de Dios con miras a Su expresión—Lc. 1:35:
 1. Como Aquel que fue concebido de la esencia divina con los atributos divinos para que éstos fueran el contenido y la realidad de Sus virtudes humanas, Cristo llena las virtudes humanas vacías—Mt. 1:18, 20.
 2. Los atributos divinos llenan, fortalecen, enriquecen y santifican las virtudes humanas con el propósito de expresar a Dios en las virtudes humanas.
- C. Mediante Su encarnación, Cristo introdujo al Dios infinito en el hombre finito—Lc. 1:35; Jn. 1:1, 14; Col. 2:9.
- D. Cristo es tanto el Dios completo como el hombre perfecto, quien posee la naturaleza divina y la naturaleza humana de manera distinguible—Lv. 2:4-5.
- E. Cristo es el Dios-hombre, una persona que es la mezcla de la divinidad con la humanidad—Lc. 1:35; Fil. 2:5-8:
 1. En Él vemos todos los atributos divinos y todas las virtudes humanas:
 - a. Puesto que el Señor Jesús fue concebido por obra del Espíritu Santo con la esencia divina, Él posee la naturaleza divina con los atributos divinos—Mt. 1:18, 20.
 - b. Puesto que el Señor Jesús nació de la virgen humana con la esencia humana, Él posee la naturaleza humana con las virtudes humanas—Lc. 1:26-35.
 2. El vivir humano que llevó Cristo fue el vivir de un hombre quien vivió a Dios para expresar los atributos divinos en las virtudes humanas—7:11-17; 10:25-37; 19:1-10.
- F. En Su humanidad, Cristo expresó al Dios inmensurable en Sus ricos atributos mediante Sus virtudes aromáticas—7:36-50; He. 2:17:
 1. Cristo expresó los atributos divinos de amor, luz, santidad y justicia—Ef. 3:19; Jn. 8:12; Hch. 3:14a.
 2. Las virtudes aromáticas de Cristo incluyen Su misericordia, compasión, mansedumbre, el ser comprensivo, humildad, obediencia, fidelidad y veracidad—He. 2:17; Mt. 9:36; 11:29; 2 Co. 10:1; Fil. 2:8; Ro. 5:19; 2 Co. 11:10.

- G. Como primer Dios-hombre, Cristo vivió en calidad de hombre, pero no vivió por la vida del hombre para que éste fuera expresado en las virtudes del hombre—Jn. 5:19:
 - 1. Él no vivió por Su propia mente, voluntad y parte emotiva; más bien, Él tuvo un vivir humano genuino por la mente, voluntad y parte emotiva de Dios.
 - 2. En Su vivir de Dios-hombre, la mente, voluntad y parte emotiva del Señor eran órganos que contenían la vida de Dios y la mente, voluntad y parte emotiva de Dios.
- H. En Su vivir de Dios-hombre, el Señor Jesús nunca hizo nada procedente de Sí mismo (v. 19), no llevó a cabo Su propia obra (4:34; 17:4), no habló Su propia palabra (14:10, 24), no hizo nada por Su propia voluntad (5:30) y no buscó Su propia gloria (7:18).
- I. En Su vivir, el Señor Jesús logró lo más grandioso en el universo: Él expresó a Dios en Su humanidad—He. 1:3; Jn. 14:9-10.

III. El vivir propio de Dios-hombre que llevó Cristo lo constituyó como prototipo a fin de que ahora Él pueda ser reproducido en nosotros y pueda vivir de nuevo en nosotros—Gá. 2:20; Fil. 1:20-21a:

- A. El Evangelio de Lucas relata la historia del vivir propio de Dios-hombre que llevó el primer Dios-hombre; ahora es necesario que esta historia sea escrita en nuestro ser—2 Co. 3:3.
- B. Cuando el Señor Jesús nos salva, Él entra en nosotros como Aquel que posee las virtudes humanas llenas de los atributos divinos—Lc. 2:10-11, 25-32; 19:9-10:
 - 1. Como Espíritu vivificante, Él entra en nosotros para introducir a Dios en nuestro ser y llenar nuestras virtudes con los atributos de Dios—1 Co. 15:45; 6:17.
 - 2. Tal vida nos salva desde lo interior y eleva nuestras virtudes humanas al santificarnos y transformarnos—Ro. 5:10; 12:2.
- C. El Cristo que vive en nosotros todavía es Aquel que posee las virtudes humanas fortalecidas y enriquecidas por los atributos divinos—Gá. 2:20:
 - 1. El Cristo que está siendo impartido en nosotros es una composición de la naturaleza divina con sus atributos divinos y la naturaleza humana con sus virtudes humanas—4:19.
 - 2. Cristo ahora busca vivir en los creyentes la clase de vida que Él llevó en la tierra; en nosotros Él aún lleva una vida que es una composición de los atributos divinos y las virtudes humanas—Jn. 14:19b; 2 Co. 10:1; 11:10.
- D. Si hemos de llegar a ser una reproducción del primer Dios-hombre y vivir a Cristo como Dios-hombre, debemos nacer de nuevo del Cristo pneumático en nuestro espíritu y ser transformados en nuestra alma por el Cristo pneumático—Jn. 3:3, 6; 2 Co. 3:18.
- E. Cuando amamos al Señor, vamos en pos de Él y tenemos comunión con Él, espon-táneamente vivimos en una condición que va más allá de la descripción humana:
 - 1. No vivimos según el entorno, sino según el mover y la dirección del Señor en nuestro interior—Fil. 2:12-13; 4:11-13.
 - 2. Cuando nos abrimos al Señor, lo amamos y deseamos unirnos a Él como una sola entidad, somos llenados y poseídos por Él, y expresamos en nuestro vivir la gloria de la divinidad y las virtudes de la humanidad—1 Co. 2:9; 6:17; Fil. 4:4-9.

Extractos de las publicaciones del ministerio:

LA IMAGEN DE DIOS Y LOS ATRIBUTOS DIVINOS

Examinemos más a fondo lo que es la imagen de Dios. El Nuevo Testamento dice que la imagen de Dios es Cristo, pero todavía necesitamos preguntarnos cómo deberíamos describir Su imagen.

La Biblia nos dice que Dios es amor y es luz (1 Jn. 4:8; 1:5). El amor es la naturaleza de la esencia de Dios, y la luz es la naturaleza de Su expresión. La Biblia también revela que Dios es justo y santo. El adjetivo *justo* usado con respecto a Dios se refiere a la manera de proceder de Dios. La manera en que Dios hace las cosas siempre es justa; Él nunca hace nada injustamente. El adjetivo *santo* se refiere a la naturaleza interior de Dios. Dios es justo en Sus actos y santo en Su naturaleza. Por lo tanto, Dios es amor y luz, y Dios es justo y santo. Ésta es una descripción de la imagen de Dios.

Al describir la imagen de una persona, no sería exacto hablar de su altura, peso y color del pelo. Si describieras la imagen de una persona, tendrías que mencionar qué clase de persona es, o sea, tendrías que describir sus atributos como persona, las características de su personalidad y su temperamento. De la misma manera, si describiéramos la imagen de Dios, tendríamos que describir Sus atributos.

La imagen de Dios es descrita por estas cuatro palabras: *amor, luz, justicia y santidad*. Estos son los atributos de Dios. Por tanto, cuando usamos la expresión *atributos divinos* nos referimos al amor, la luz, la justicia y la santidad de Dios. Nuestro Dios es amor y luz, y también es justo y santo. Esto no es una descripción de la semejanza de Dios, sino del propio ser de Dios. Dios es amor, es decir, el amor es Su ser. Dios es luz, o sea, la luz es Su ser. Además, el ser de Dios es justo en cuanto a Sus actos y santo en Su naturaleza. En esto consiste la imagen, la descripción de nuestro Dios. Los cuatro rasgos principales de esta descripción son los atributos de Dios.

EL HOMBRE FUE CREADO CON LA CAPACIDAD DE CONTENER LOS ATRIBUTOS DIVINOS

El hombre fue creado a la imagen de Dios. Por eso, el hombre que Él creó posee el amor, la luz y la capacidad de ser justo y santo. Aunque somos personas caídas, en nuestra condición caída tenemos amor, luz y la capacidad de ser justos y santos como Dios. Decir que Dios creó al hombre a Su propia imagen indica que lo creó con la capacidad de tener Su amor, luz, justicia y santidad. El amor, la luz, la justicia y la santidad humanas son lo que llamamos las virtudes humanas, las cuales fueron creadas por Dios.

Dios creó al hombre a Su propia imagen de tal manera que el hombre tiene la capacidad de contener el amor, la luz, la justicia y la santidad de Dios. Las virtudes humanas fueron creadas por Dios para contener Sus atributos; en otras palabras, el amor, la luz, la justicia y la santidad humanas son facultades que fueron creadas para contener el amor, la luz, la justicia y la santidad divinas.

Toda persona sabe que odiar a otros va en contra de nuestra conciencia, al igual que mentir, robar y hacer cosas en tinieblas. Hasta un incrédulo podría percibir que es injusto quedarse con el cambio que recibe de más en un restaurante o en una tienda.

Lo que quiero decir es que el hombre fue creado por Dios para que tenga amor y luz, y para que ande de manera justa y sea santo. El hombre posee estas virtudes porque fue creado a la imagen de Dios, o sea, a la imagen del amor, de la luz, de la justicia y de la santidad de Dios. Las virtudes humanas creadas por Dios son la capacidad para contener los atributos

de Dios. Dios creó al hombre de esta manera con la intención de que éste le tomara como árbol de la vida para ser su vida y contenido.

ADÁN FRACASA Y NO LLEGA A SER UN DIOS-HOMBRE

Si Adán hubiera comido del árbol de la vida y de ese modo hubiera tomado a Dios en su interior como su vida, hubiera sido lleno de Dios, y sus virtudes humanas hubieran sido llenas de los atributos de Dios. Entonces, las virtudes del hombre hubieran expresado los atributos de Dios. Si Adán hubiera hecho esto, con certeza habría llegado a ser un Dios-hombre. No hubiera sido necesario esperar miles de años para que un Dios-hombre naciera en Belén. Si estando en el huerto, Adán hubiera comido del árbol de la vida, además de ser un hombre que Dios creó a Su imagen y conforme a Su semejanza, también habría sido un hombre lleno de Dios como su vida, cuyas virtudes humanas estaban llenas de los atributos divinos. Si Adán hubiera llegado a ser una persona así, o sea, un Dios-hombre, habría sido un hombre que vivía a Dios.

Como sabemos, Adán no cumplió el propósito de Dios, sino que arruinó Su designio. Dios creó a Adán conforme a Su designio. Pero debido a que Adán comió del árbol del conocimiento del bien y del mal en vez del árbol de la vida, él arruinó el designio de Dios. La humanidad creada por Dios fue dañada y, en un sentido, se perdió. Sin embargo, [...] la encarnación del Salvador-hombre cumplió el propósito que Dios tuvo al crear al hombre. (*Estudio-vida de Lucas*, págs. 484-486)

LA INTENCIÓN QUE DIOS TENÍA AL CREAR AL HOMBRE

Dios diseñó al hombre para que éste fuera uno con Él. Puesto que Dios diseñó al hombre de esta manera, Él creó al hombre a Su imagen y conforme a Su semejanza. *Imagen* se refiere al ser interior, y *semejanza*, a la apariencia externa. De hecho, Dios creó al hombre a Su propia imagen con la intención de que éste fuera Su réplica. Además, para que el hombre sea la réplica de Dios, él debe tener la capacidad de contener lo que Dios es. Por lo tanto, el hombre fue hecho a la imagen de Dios para ser Su duplicación, y conforme a Su semejanza para ser Su expresión.

El propósito que Dios tenía al crear al hombre era que éste fuera Su duplicación a fin de expresarlo. Para que dicho propósito se realice es necesario que el hombre reciba a Dios y le contenga como árbol de la vida. Sin embargo, Adán, el hombre que Dios creó, fracasó con respecto al propósito de Dios y dañó Su designio. Miles de años después, el Salvador-Hombre vino para cumplir el propósito que Dios tenía al crear al hombre.

EL SEGUNDO HOMBRE

Mediante la encarnación de Cristo, Dios en el Hijo se hizo hombre. ¡Qué asunto tan grandioso es éste! Según Su designio, Dios creó al hombre con un propósito determinado, pero éste le falló a Dios en Su propósito y destruyó lo que Él diseñó. Pero en vez de crear a otro hombre, Dios mismo vino para ser el segundo hombre (1 Co. 15:47). Dios vino para ser el segundo hombre, no en el Padre ni en el Espíritu, sino en el Hijo.

Al hablar de la encarnación, el Nuevo Testamento dice que la Palabra, que es Dios, se hizo carne (Jn. 1:1, 14) y que Dios se manifestó en la carne (1 Ti. 3:16). Puesto que el primer hombre le falló a Dios con respecto a Su propósito y arruinó Su designio, Dios mismo vino para ser el segundo hombre. ¡Aleluya por el segundo hombre!

Concebido por obra del Espíritu Santo y nacido de una virgen humana

El Salvador-Hombre, el segundo hombre, no fue creado, sino que fue concebido por obra del Espíritu Santo y nació de una virgen humana. Fue concebido por medio del Espíritu Santo para poseer la esencia de Dios, y nació de una virgen humana para tener la esencia humana. Por lo tanto, este hombre era una composición de dos esencias, es decir, una composición de la esencia divina y la esencia humana. Así que, Él era la mezcla de Dios y el hombre. Ya que esta persona maravillosa se componía de dos esencias, es decir, que era la mezcla de Dios con el hombre, Él era un Dios-hombre.

Lleva una vida humana llena de la vida divina

Un asunto crucial con respecto al Dios-hombre es que Él llevó una vida humana llena de la vida divina como su contenido. Contrario a lo que algunos piensan, el Evangelio de Lucas no contiene solamente historias. Este Evangelio es una revelación del Dios-hombre quien llevó una vida humana llena de la vida divina como su contenido. Como uno que llevaba tal vida, el Salvador-Hombre poseía la naturaleza y los atributos divinos, o sea, tenía el amor, la luz, la justicia y la santidad divinos. Por lo tanto, la naturaleza divina con sus atributos se expresó en la naturaleza humana del Salvador-Hombre con todas las virtudes humanas.

El amor del Dios-hombre

Debido a que la naturaleza divina junto con los atributos divinos del Salvador-Hombre se expresó en Su naturaleza humana con las virtudes humanas, es difícil determinar si era Dios o un hombre el que amaba a otros cuando Él vivió en la tierra. En la vida del Salvador-Hombre vemos un amor que es el amor de un Dios-hombre, el amor de Uno quien llevó una vida humana llena de la vida divina. Puesto que así vivió el Señor, el amor que manifestaba era la virtud humana del amor llena del atributo divino del amor.

Algunos de los casos mencionados en el Evangelio de Lucas muestran que el amor que el Salvador-Hombre expresó era un amor en el cual el atributo divino del amor se manifestó en la virtud humana del amor. Vemos este amor en el caso del buen samaritano (Lc. 10:25-37), en el caso de la mujer pecaminosa en la casa de Simón el fariseo (7:36-50) y en el caso del ladrón en la cruz que le pidió al Señor Jesús que se acordara de él (23:39-43). Aunque en cada uno de estos casos, el Señor Jesús manifestó un amor humano genuino, Su amor no era simplemente humano; era un amor humano lleno del amor divino, y fortalecido, elevado y enriquecido por el amor divino.

Al leer el Evangelio de Lucas, tal vez no veamos que con el Salvador-Hombre tenemos el amor humano lleno, fortalecido y enriquecido por el amor divino. Los que leen el Nuevo Testamento perciben fácilmente que el Señor Jesús sí amaba a los demás, y a los niños se les enseña a cantar: “Jesús me ama, esto yo lo sé”. Pero ¿qué clase de amor tiene Jesús? ¿Es humano o divino? Su amor no es solamente humano ni solamente divino, sino que es un amor humano lleno, fortalecido, elevado y enriquecido por el amor divino y con el mismo. Este amor maravilloso es una composición, una mezcla del amor divino con el amor humano. Este amor era el vivir del Salvador-Hombre, el vivir del Dios-hombre. El vivir del Señor era un asunto de las virtudes humanas llenas, fortalecidas, elevadas y enriquecidas por los atributos divinos.

Califica para ser el Salvador-Hombre

Esta clase de vivir que el Señor Jesús llevó lo calificó para que fuera nuestro Salvador-Hombre. Él salvó a los pecadores mediante tal vivir humano-divino, es decir, mediante un vivir que era humanamente divino y divinamente humano. El vivir que llevó el Señor Jesús

no era solamente humano ni solamente divino; era humanamente divino y divinamente humano. Su vivir era el poder dinámico por el cual Él salvaba a los pecadores miserables.

Si entendemos esto, nos daremos cuenta de que el amor divino en sí no podía salvarnos. Por supuesto, el amor meramente humano tampoco nos podía salvar. El amor que nos salva debe ser un amor compuesto del amor humano y del amor divino. Por lo tanto, la mezcla de estos dos es el amor que salva.

Al hablar de un vivir en el cual la vida humana está llena de la vida divina, y las virtudes humanas son fortalecidas y enriquecidas por los atributos divinos, nos referimos al nivel más alto de moralidad. En el Evangelio de Lucas vemos una vida que está llena de las virtudes humanas fortalecidas, elevadas y enriquecidas por los atributos divinos. En tal vivir vemos la composición, la mezcla, de Dios con el hombre. Este vivir es tanto el poder que nos salva como lo que califica al Señor Jesús para ser nuestro Salvador. Por lo tanto, el Salvador-Hombre, en Su estatus de Dios-hombre, está calificado para salvarnos.

Nosotros, los cristianos genuinos que seguimos al Señor Jesús, necesitamos conocerle a tal grado que lo conozcamos como Aquel que llevó una vida en que Sus virtudes humanas expresaron los atributos divinos. Nuestro Salvador-Hombre es tal hombre. Puesto que así vivió, Él estaba capacitado y calificado para salvarnos.

Éste, nuestro Salvador-Hombre, efectuó una muerte todo-inclusiva en la cruz con el objetivo de redimirnos. Luego, Dios verificó y aprobó Su vivir y Su obra al resucitarlo de entre los muertos. Este Dios-hombre resucitado ascendió a los cielos, fue entronizado y coronado con gloria y honra, y fue hecho Cabeza de todo. ¡Oh, todos tenemos que conocer a esta persona maravillosa!

SE RESTAURA LA HUMANIDAD CAÍDA MEDIANTE LA ENCARNACIÓN DE CRISTO

La encarnación del Salvador-Hombre tenía como objetivo principal introducir a Dios en el hombre. Su encarnación también tenía como fin restaurar, recobrar la humanidad dañada. A pesar de que Dios creó a Adán a Su propia imagen y conforme a Su semejanza, Adán cayó. Ahora, en el interior de la humanidad caída existe el pecado, que es la naturaleza maligna del diablo (Ro. 7:17; 1 Jn. 3:8). Sin embargo, la humanidad que Dios creó no dejó de existir. Cuando Cristo, el propio Dios, se encarnó, restauró la humanidad perdida y dañada. Dios envió a Su propio Hijo en semejanza de carne de pecado (Ro. 8:3), o sea, en semejanza de la humanidad caída.

Cristo se hizo carne no solamente para salvar al hombre, sino también para restaurar la humanidad caída. Con certeza, vino para salvar al hombre. Pero Él no salvará al hombre para luego dejarlo sin ser restaurado. El Señor no salvaría a una persona caída sin restaurarla.

Los cristianos esperan ir al cielo. Pero toda persona que vaya al cielo será una persona restaurada, una persona transformada. Ser transformado equivale a ser restaurado, ser recobrado.

Dos clases de humanidad

Cuando el Señor Jesús vivía en la tierra, poseía una humanidad que había sido rescatada del estado de la caída. Al encarnarse, se puso una humanidad recobrada y restaurada. Mientras el Dios-hombre vivía en tal humanidad elevada, todos los que estaban a Su alrededor, hasta Sus discípulos, vivían en una humanidad caída y dañada. La humanidad de ellos no era la humanidad que Dios había creado originalmente. Por el contrario, era una humanidad dañada y deformada. Por ejemplo, después de que el Señor Jesús dijo a los discípulos que iría a Jerusalén y allí le darían muerte, y que resucitaría al tercer día, ellos discutieron

entre sí sobre quién sería mayor. Aquí vemos dos clases de humanidad: la humanidad elevada, restaurada y recobrada del Señor Jesús, y la humanidad deformada, dañada y perdida de los discípulos.

Se recobra la humanidad de los discípulos

Por medio de la muerte y la resurrección del Salvador-Hombre, la humanidad caída de Sus discípulos fue recobrada. En los capítulos 1 y 2 de Hechos, vemos que los discípulos expresaban otra clase de humanidad, es decir, una humanidad elevada y restaurada. En los Evangelios, discutían entre sí sobre quién era mayor, pero en Hechos 1 pudieron orar con persistencia y perseverancia en unanimidad por diez días. Pudieron hacer esto porque poseían otra humanidad. Su humanidad había sido elevada, restaurada y recobrada. No solamente fueron salvos, sino que su humanidad fue restaurada y recobrada por medio de la regeneración y transformación llevada a cabo por el Espíritu.

En el huerto del Edén, Adán debió haber llevado la clase de vida que Pedro y Juan llevaron en el primer capítulo de Hechos. Pero puesto que Adán fracasó y no realizó el propósito de Dios, Dios vino por medio de la encarnación para ser el segundo hombre. Este segundo hombre elevó, restauró y recobró la humanidad deformada, dañada y perdida. Mediante la restauración llevada a cabo por el Salvador-Hombre, Pedro, Juan, Jacobo y los otros discípulos participaron en Su humanidad. ¡Cuán maravilloso es esto!

No debemos pensar que el Señor Jesús descendió de Su gloria solamente para salvarnos y llevarnos al cielo. Si ésta es Su intención, entonces con el tiempo, el cielo se llenará de personas que tienen una humanidad deformada. Sin embargo, ésta no es la intención del Señor. ¿Piensa usted que el ladrón que le pidió al Señor que se acordara de él en Su reino iría al cielo aún poseyendo la naturaleza caída de ladrón? De seguro, en el cielo nadie tendrá la naturaleza de ladrón. Toda persona llevada allí será un ser humano restaurado. La restauración de nuestra humanidad se hizo posible al encarnarse Dios para ser nuestro Salvador-Hombre. La encarnación del Salvador-Hombre tuvo como fin cumplir el propósito que Dios tenía al crear al hombre. (*Estudio-vida de Lucas*, págs. 487-492)